

LA REVOLUCIÓN

Directores: { MANUEL MORA VALVERDE
RICARDO COTO CONDE

SEMENARIO DEMÓCRATA

APARTADO No. 1386
Número suelto 10 cts

Año I

San José, Costa Rica, Sábado 3 de Mayo de 1930

No. 8

Resumen de la tercera Conferencia de don Gerardo Matamoros

Con la pretensión de disculparse de las crueldades e injusticias cometidas con los infelices peones, sus explotadores recurren al medio innoble de echarles en cara sus vicios, y especialmente el del alcoholismo, divulgando así el falso concepto de que si están mal comidos y peor vestidos es porque malgastan en aguardiente el dinero que restan a la atención de sus necesidades. Lejos de mí la idea de defender un vicio que conceptúo como un obstáculo para el mejoramiento de las clases trabajadoras; pero sí me parece un sarcasmo que los viciosos del whisky y del champaña pretendan enseñar una moral que desconocen; además, es bien sabido que las clases directoras jamás se han preocupado del mejoramiento moral del pueblo. Los gobiernos, que siempre han sido hechura suya, han estado dedicados al ruin oficio de taberneros, con la única preocupación de mejorar el negocio, aun a costa del envilecimiento popular. Y no sería extraño que si nosotros llegáramos, con nuestros trabajos de moralización a disminuir notablemente las entradas de la Fábrica Nacional de Licores, se buscara un pretexto para meternos a la cárcel por conspirar contra los derechos del Fisco.

¿Qué han hecho los explotadores que tanto afean el vicio de sus esclavos por la mejora de su condición moral? ¿Qué diversiones honestas les han proporcionado para alejarlos del vicio? ¡Nada, ninguna; el peón, el infeliz peón, desde que nace hasta que muere arrastra una vida miserable, sin atractivos, sin tranquilidad siquiera; eterno explotado, abandona el trabajo abrumador, que sólo a su patrón aprovecha, para regresar a la pocilga que sirve de albergue a su familia a encontrar hambre, miseria, dolor! ¿Es esto vida? Ignorante y de una mentalidad casi nula, vive emparedado, sin ilusiones, sin esperanza de mejores días; tiene de hombre la figura,

pero en realidad es una bestia de carga embozalada por sus amos. Queda bien explicado por qué bebe el peón. Después de seis días de rudo trabajo, llega la hora de recibir el mísero salario, y entonces el Gobierno, compinche de sus explotadores, le brinda el veneno que lo ha de hundir más, pero que lo narcotiza momentáneamente, y se embriaga y se bestializa. Mientras duran los efectos del alcohol no está sobre la tierra, lo han trasportado al plano de la inconciencia. Cuando han desaparecido los efectos del veneno nacional, vuelve el dolor a morderlo, pero entonces ya tiene la ilusión de que el próximo sábado se volverá a embriagar para adormecer sus penas; y así sigue deslizándose la vida de los desgraciados campesinos, entre el martirio y el embrutecimiento.

¿Os dais cuenta ahora de lo arduo de la tarea de su regeneración? Tenemos que enfrentarnos primero al Gobierno, maestro, explotador y propagandista del vicio, y luego armarnos de paciencia y de tenacidad para conseguir que nos oigan y comprendan esos infelices hermanos nuestros, a fin de obtener que nos ayuden a libertarlos.

En cincuenta años que llevo de ejercer mi profesión, he recorrido el país en todas direcciones y he visto y observado tanto, que bien puedo asegurarnos que mis afirmaciones tienen el respaldo de los hechos presenciados. Voy pues a probaros que la triste condición de nuestros campesinos se debe a la maldad, a la ausencia absoluta de buenos sentimientos de los ricos, entre los cuales los hay muy religiosos y que esperan después de esta vida, empleada en martirizar infelices, ir a disfrutar de la felicidad eterna en el otro mundo. ¿Qué concepto tendrán de la suprema justicia, estos malhechores afortunados? La prueba la sacaréis vosotros mismos de lo que paso a relataros; hace unos quince años fui llamado

para hacer el estudio de la colocación de un ariete y la localización de una paja de agua, en una finca situada no muy distante de una estación ferrocarrilera; al llegar a la finca recibí una sorpresa; los dueños de la finca constituían el matrimonio más disparejo que hasta entonces había visto; la señora era una anciana de unos setenta años y el marido un joven que oscilaba entre los veinticinco y los treinta; pero si sorpresa me causó tal ayuntamiento, mayores sorpresas había de darme aquella excepcional mujer. Al día siguiente de mi llegada, a las seis de la mañana, enfilaba la señora, los niños de sus peones, para ir dándoles un vaso de leche caliente, que ella misma ordeñaba; cuando concluyó de dar leche a los chiquillos, un peón siguió en la tarea de ordeñar, y ella fue al interior de la casa y volvió con un cesto lleno de bollitos de pan, que fue distribuyendo entre los muchachitos, previo examen de la cabeza, cuerpo y pies de cada uno; y como notara que uno no tenía la carita lavada, hizo comparecer a la madre para amonestarla; a las excusas de la madre de que obligaciones perentorias del hogar no la habían permitido llenar aquella exigencia, le contestó: los derechos del niño están por encima de todo; usted puede quedar mal con su marido, con sus obligaciones del hogar, conmigo, pero no puede, no debe, posponer su hijo a nada, ni a nadie; usted al darle la vida contrajo la suprema obligación de contribuir a su felicidad; el niño viene al mundo dotado providencialmente de la pureza y la inocencia que le dan atractivo, que sugieren el deseo de acariciarlo y si la madre no lo asea, lo priva de las caricias de los extraños, es decir, le resta felicidad; ya que usted es pobre, haga lo que está dentro de sus posibilidades para que sea menos dura su condición; y volviéndose a mí, me dijo: esta es mi hora feliz; estos chiquillos, como bandada de pajaritos,

Pasa a la página dos